

CAPITULO VII (1)

DE LA RELACIÓN ENTRE EL CONOCIMIENTO INTUITIVO
Y EL CONOCIMIENTO ABSTRACTO

Hemos dicho que las nociones toman su sustancia del conocimiento intuitivo y que el mundo del pensamiento descansa por entero sobre el mundo de la intuición. Síguese de aquí que debemos siempre poder volver desde el concepto, por grados intermedios, á las intuiciones de donde fué abstraído, ó bien de donde salieron las nociones de las cuales salió aquél á su vez por abstracción. Esto quiere decir que podemos comprobar los conceptos por medio de intuiciones que representan, respecto de la abstracción, el papel de ejemplos.

Las intuiciones suministran la sustancia real de todos nuestros pensamientos, y cuando ellas faltan no queda en nuestro espíritu más que nociones y palabras.

Nuestra inteligencia puede ser comparada en este respecto con un Banco de emisión; su solidez depende de que tenga numerario en caja para pagar, si es preciso, todos los billetes que circulan: las intuiciones son el numerario y las nociones los billetes. En este sentido, se puede llamar con exactitud á las intuiciones representaciones primarias y á las nociones representaciones secundarias; menos exacto es denominar, como hacían los escolásticos, imitando á Aristóteles (*Metaph.*, VI-11; XI, 1), á los objetos reales *substantias primas* y á las nociones *substantias secundas*.

(1) Se relaciona con el § 12 del primer volumen.

Los libros no comunican más que representaciones secundarias. Las meras nociones de una cosa, sin la intuición, dan sólo un conocimiento general. No hay comprensión perfecta de las cosas y de sus relaciones mientras no podemos representárnoslas sin ayuda de palabras, con imágenes claramente dibujadas. Explicar palabras por palabras, comparar conceptos con conceptos—y á esto se limitan la mayoría de las discusiones filosóficas,—no es otra cosa que un juego en que se comparan las esferas de las nociones para ver si caben ó no las unas en las otras.

Todo lo más que así puede conseguirse en las condiciones más favorables son silogismos; pero los silogismos no nos proporcionan conocimientos nuevos, sino que ponen de manifiesto cuanto se contiene en los conocimientos ya adquiridos y lo que es aplicable en cada caso dado. En cambio, ver las cosas, oír las hablar, descubrir nuevas relaciones entre ellas y después depositar los resultados en concepto para conservarlos con seguridad, es lo que nos suministra conocimientos nuevos. Pero cualquiera es capaz, en mayor ó menor grado, de comparar unas nociones con otras; mientras que comparar una noción con las intuiciones correspondientes, pertenece sólo á los elegidos; esta última facultad es la que constituye, según su grado de perfección, el ingenio, el juicio, la perspicacia, el genio. La otra sólo puede producir reflexiones razonables.

La sustancia íntima de todo conocimiento verdadero y útil es una intuición, y toda verdad nueva procede de esta fuente. Todo pensamiento original está formado de imágenes, siendo imaginación, en este respecto, una facultad indispensable. Los pobres de imaginación no crearán jamás nada grande, á no ser en

matemáticas. Los meros pensamientos abstractos, que no tienen medula intuitiva, son parecidos á las figuras que aparentemente forman las nubes y que carecen de realidad. Hasta el lenguaje escrito ó hablado, en la didáctica ó en la poesía, tiene por objeto definitivo el de conducir al lector ú oyente á participar del conocimiento intuitivo que sirvió al autor de punto de partida; si este punto de partida falta, lo demás carece de valor. De ahí que la vista y la observación de lo real, cuando ofrecen al observador algo nuevo, sean más instructivas que todo lo que se puede leer ú oír. Por que, bien mirado, toda verdad y toda sabiduría, hasta la última palabra de las cosas, residen en los objetos reales, aunque están contenidas en ellos, en concreto, como el oro en su mineral y haya que extraerlas. Por el contrario, un libro, aun en caso más favorable, nos da verdades de segunda mano, y aun muchas veces no nos da verdad alguna.

Sucedé con la mayoría de los libros, haciendo abstracción de los que son completamente malos, que cuando no tratan de materias empíricas por completo, el autor *ha pensado, pero no ha visto*; ha escrito guiado por la reflexión, no por la intuición, y esto es lo que les hace aburridos y mediocres. Lo que el autor ha pensado, el lector podría haberlo pensado también, poniendo algún esfuerzo, pues todo se reduce á reflexiones racionales y á más amplios desarrollos de lo que implícitamente se contiene en el tema. Esto no crea conocimientos nuevos, los cuales sólo pueden nacer en el momento de la percepción intuitiva, de la aprehensión directa de un aspecto nuevo de las cosas.

Otra cosa es cuando el autor de un libro usa como cañamazo en que bordar sus pensamientos lo que ha visto; entonces es como si describiera un país no vi-

sitado por el lector; todo resulta nuevo, fresco, porque todo está tomado inmediatamente de la fuente original del conocimiento.

Para dilucidar la diferencia á que me refiero expondré un ejemplo fácil y sencillo. Cualquier escritor pintará fácilmente la actitud de inmovilidad de un hombre sumido en hondas meditaciones ó en un asombro que le petrifica, diciendo: *Estaba como una estatua*, pero Cervantes dice: *que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa* (*Don Quijote*, parte 2.^a, cap. XIX). He aquí cómo los grandes ingenios, cuando piensan, tienen siempre una imagen ante los ojos y no apartan de ella la mirada, mientras su pensamiento trabaja. De ahí que tales autores, aun cultivando los géneros más heterogéneos, se encuentren y coincidan muchas veces en ciertos puntos, pues hablan todos de una misma cosa que han tenido delante de los ojos, á saber: el mundo, la realidad intuitiva; por donde todos dicen, en cierto modo, lo mismo, sin que los demás quieran creerlos. Conócese también esto en la precisión, en la originalidad y en la propiedad de los términos, pues es la intuición quien les inspira, y asimismo en la sinceridad de la expresión, en la novedad de las imágenes, en la sorprendente exactitud de las comparaciones. Estas son las señales que distinguen las obras de los grandes ingenios y que faltan en los escritos de los que no lo son, á los cuales sólo se les ocurren giros vulgares é imágenes gastadas. Estos últimos no pueden permitirse el lujo de ser sencillos, so pena de mostrar su vulgaridad en completa desnudez y tienen que ser rebuscados. Dijo bien Buffón que el estilo es el hombre. En las obras de imaginación, los cerebros vulgares dan á sus personajes un determinado carácter, pasiones, nobles senti-

mientos, etc.; pero todo esto lo toman de la tradición, es convencional, y por consiguiente, conocido por el autor sólo en abstracto. Los personajes son meras personificaciones de esos sentimientos, verdaderas abstracciones que resultan sosas y aburridas. En sus escritos filosóficos, estos autores han heredado vastos conceptos que ponen y trasponen sin cesar, como si se tratase de ecuaciones algébricas, con la esperanza de que así resulte alguna cosa. A lo sumo, lo que se saca en limpio es que todos han leído los mismos autores. Mas esta trasposición perpetua de abstracciones, á la manera usada en Algebra y que en nuestros días se llama dialéctica, no da resultados positivos como en aquella ciencia matemática, porque el concepto representado por la palabra, no es una cantidad constante y bien determinada como la que representan las letras usadas en los cálculos algébricos; hay en él algo dudoso, capaz de muchas explicaciones y que admite mayor ó menor extensión.

Si se estudia minuciosamente el pensamiento, es decir, la combinación de nociones abstractas, se observará que sus materiales son, á lo sumo, reminiscencias de intuiciones anteriores, y aun esto, indirectamente en el sentido de que esas intuiciones forman la base que sostiene todos los conceptos. El verdadero conocimiento, el conocimiento directo, es siempre la intuición, la percepción nueva y fresca.

Los conceptos que la razón ha creado y la memoria conserva, no pueden presentarse jamás á la conciencia todos juntos; sólo podemos recordarlos en corto número cada vez. Por el contrario, percibimos lo presente visible, que encierra virtualmente y representa lo esencial de todas las cosas, con tal energía, que ese presente invade nuestra conciencia con todo su poder

en un solo instante. De ahí la inmensa superioridad del genio sobre el saber; el primero, en relación al segundo, es lo que un texto clásico antiguo respecto á su comentario. Hay que confesarlo: toda verdad y toda sabiduría residen en definitiva en las intuiciones. Desgraciadamente, éstas no pueden conservarse ni transmitirse. A lo sumo, las artes plásticas y más directamente la poesía, pueden presentar á los demás las condiciones objetivas purificadas y puestas en la forma más inteligible, de la intuición, pero ésta depende también de las condiciones subjetivas, que no todo el mundo posee, ni tiene á su alcance en todos los momentos y que en su grado supremo de perfección son el privilegio de una cortísima minoría.

Sólo puede transmitirse el peor de los conocimientos, el conocimiento abstracto ó secundario, el concepto, que es la sombra del verdadero conocimiento. Si las intuiciones pudieran transmitirse á los demás, sería éste un trabajo verdaderamente remunerador, pero como las intuiciones son las cosas, cada cual tiene que permanecer encerrado en su piel y atendido á su cerebro, y nadie puede hacer nada en este sentido por el prójimo. La poesía y la filosofía trabajan incesantemente para enriquecer los conceptos por medio de la intuición. Sin embargo, el fin principal del hombre es la práctica, y para ella basta que lo que aquél perciba intuitivamente deje en su espíritu huellas con auxilio de las cuales pueda reconocerlo cuando se le presente un caso análogo. Así es como se adquiere la prudencia mundana, la experiencia del mundo. El hombre de mundo no puede enseñar á los demás, por regla general, la verdad y la sabiduría que él ha acumulado, sólo él puede usar de ellas, y gracias á las mismas, se da cuenta exacta de todo lo que se le presenta y juzga en consecuencia.

Los libros no suplen la experiencia ni el saber suple el genio: la razón común de estos dos fenómenos conexos es, que lo abstracto no puede reemplazar á lo intuitivo. Los libros no pueden suplir la experiencia, porque los conceptos permanecen siempre en la esfera de lo general, sin descender nunca á lo particular, que es de lo que se trata en la vida. Además, los conceptos son abstraídos de lo particular, de lo intuitivo que constituye la experiencia, y es necesario conocer esto para comprender bien lo general, que los libros nos enseñan. Y el saber no puede suplir al genio, porque la instrucción no da más que conceptos mientras que el conocimiento genial consiste en la concepción de la idea (idea platónica), y es, por tanto, esencialmente intuitivo. En el primer caso, lo que falta al conocimiento intuitivo, es la condición objetiva; en el segundo, la condición subjetiva; la primera, puede adquirirse, la segunda, no.

Prudencia y genio, estas dos cimas del Parnaso del conocimiento humano no descansan sobre la facultad abstracta y discursiva, mas sobre la facultad intuitiva. La verdadera prudencia es algo intuitivo, no cosa abstracta. No consiste en frases ni pensamientos, que se lleven formados en la cabeza, como resultado de investigaciones propias ó ajenas; está en el aspecto total bajo el cual se presenta el mundo en el cerebro. Este aspecto es tan diverso, que por él el hombre prudente vive en otro mundo que el necio y el genio ve otro mundo que el hombre vulgar. Lo que hace que las obras del genio superen tanto á las demás, es que el mundo que aquél contempla y de donde saca sus inspiraciones, es mucho más claro y más que el que se dibuja en los demás cerebros. El mundo de los cerebros vulgares contiene, sí, los mismos objetos, pero

se parece al mundo que ve el genio, como una pintura china, sin sombras ni perspectiva, al lienzo de un gran pintor. La sustancia es la misma en todas las cabezas, pero la diferencia está en la perfección de la forma que reviste en cada una, y de ahí dimana la gradación infinita de las inteligencias. La diferencia existe ya en la raíz, en la *apercepción intuitiva* y no tiene su origen en la noción abstracta. Por eso la superioridad primitiva de la inteligencia se revela fácilmente en cualquier ocasión, é instantáneamente se da á conocer, delatándose al odio de los que no la poseen.

En la práctica, el conocimiento intuitivo del entendimiento puede dirigir nuestros actos y nuestra conducta directamente, mientras que el conocimiento abstracto de la razón no puede hacerlo sino con el concurso de la memoria. De ahí resulta ventaja para el conocimiento intuitivo en todos los casos que no dejan tiempo á la reflexión, es decir, en las relaciones diarias de la vida, y por eso sobresalen las mujeres en estas ocasiones. Sólo los que han aprendido intuitivamente á conocer la naturaleza humana, tal como de ordinario es y saben comprender la individualidad que tienen enfrente, son los que saben con seguridad y exactitud qué conducta deben seguir en cada caso. De nada sirve saberse de memoria los trescientos preceptos de prudencia de Gracián, si falta ese conocimiento intuitivo, pues aquéllos no impedirían hacer tonterías al que se encontrara en ese caso.

La ciencia abstracta no da más que reglas y preceptos generales, pero el caso particular casi nunca se ajusta exactamente á la regla. Se necesita: primero, que la memoria dé con la regla, lo cual rara vez se consigue á tiempo, y luego hay que formar con el caso dado la *propositio minor* para sacar en seguida la con-

clusión. Y antes de hacer todo esto la ocasión nos habrá vuelto la espalda y las mejores reglas y preceptos no nos servirán para otra cosa que para calcular la magnitud de la falta que hemos cometido. Sin embargo, con el tiempo, la experiencia y la práctica, de estos chascos se adquiere por fin la prudencia necesaria en el mundo, y entonces las reglas abstractas, unidas á la experiencia, pueden servir de mucho.

El conocimiento intuitivo, que no abraza más que lo particular, está en conexión, por el contrario, con cada caso presente. Para él, regla, caso dado y aplicación, son una misma cosa, y la acción se produce inmediatamente. Esto explica por qué en la vida real el sabio, cuya ventaja consiste en la riqueza de sus conocimientos abstractos, resulta tan inferior al hombre de mundo, cuya ventaja está en el perfecto conocimiento intuitivo que le ha hecho adquirir una disposición innata, y que después ha desarrollado la experiencia.

Entre ambas clases de conocimiento hallamos siempre la relación que hay entre el papel moneda y el numerario, y así como en ciertos casos el primero es preferible al segundo, también hay cosas y circunstancias para las cuales es más útil el conocimiento abstracto que el intuitivo. Cuando es un concepto lo que dirige nuestra conducta, tiene la ventaja de ser inmutable una vez hallado, y nos permite marchar con paso firme y seguro en la dirección que nos señala. Pero esta seguridad que nos da desde el punto de vista subjetivo, está contrarrestada por la incertidumbre que le acompaña bajo el aspecto objetivo; es decir, que es posible que el concepto sea falso é infundado, ó que la cosa de que se trata no guarde correspondencia con él, por no ser en todo ó en parte de la misma especie.

Si en este caso advertimos lo que ocurre, nos desconcertamos, y si no lo advertimos á tiempo, el resultado se encarga de desengañarnos. Por eso dice Vauvenargue: «Nadie comete más faltas que los que obran por reflexión.»

Al revés; cuando guía nuestra conducta la intuición de los objetos presentes y de sus relaciones, vacilamos fácilmente á cada paso, pues la intuición es muy variable, dudosa, inagotable en detalles, y muestra sucesivamente muchos aspectos diferentes; guiados por ella no obramos con plena confianza. Mas esta incertidumbre subjetiva se compensa con la seguridad objetiva, pues entre el objeto y nosotros no se interpone concepto alguno, y el objeto le tenemos delante de los ojos; si vemos exactamente lo que tenemos delante y lo que hacemos, el resultado tiene que corresponder.

Nuestra manera de obrar será perfectamente segura cuando la dirija una noción abstracta fundada, y que sea aplicable por completo y sin género alguno de dudas al caso de que se trata. Procediendo en virtud de conceptos, se cae fácilmente en la pedantería, como se puede caer en la ligereza ó en la locura tomando por guía la impresión intuitiva.

La intuición no es sólo la fuente de todo conocimiento; es también el conocimiento *κατ'εὐχην*, el conocimiento verdadero, el único que merece en realidad ese nombre, pues es el que nos da el discernimiento de las cosas; el que el hombre puede realmente asimilar, aquel de que puede penetrarse hasta lo más profundo de su ser, y que tiene el derecho de considerarse como suyo. En el cuarto libro hemos visto (1) que

(1) Véase la primera parte.

la virtud misma se deriva del conocimiento intuitivo, porque los actos que este último determina y que nacen, por consiguiente, del impulso de nuestra propia naturaleza, son los que revelan los verdaderos síntomas de nuestro carácter real é invariable, y no aquellos otros actos nacidos de la reflexión y de sus enseñanzas, los cuales violentan muchas veces el verdadero carácter y no tienen su fundamento inmutable en nuestro ser.

La prudencia, el sentimiento exacto del valor verdadero de la vida, la perspicacia y el buen juicio dimanar de la comprensión exacta del mundo intuitivo y no del mero saber, ó sea de las nociones abstractas. Así como el fondo ó la sustancia de toda ciencia consiste, no en las demostraciones ni en las proposiciones demostradas, sino en los principios no demostrados en que las demostraciones se basan y que no pueden ser aprehendidos más que por la intuición, así también el fondo de la prudencia verdadera y del discernimiento no está en las nociones ni en el saber abstracto, sino en las cosas percibidas intuitivamente y en el grado de viveza, de precisión y de profundidad con que las percibimos. Cuando un hombre posee esta facultad en grado eminente, es capaz de descubrir las ideas (platónicas) del mundo y de la vida; para él cada caso individual visto, representa una infinidad; se da cuenta de la verdadera naturaleza de cada ser, y su conducta y su juicio van siempre en armonía con ese claro discernimiento que posee. Sus facciones toman gradualmente la expresión de esa perspicacia, de esa razón elevada, y si llega al último grado de perfección, de la sabiduría misma. Sólo la superioridad en el conocimiento intuitivo imprime su sello en el semblante; el conocimiento abstracto es incapaz de

producir este resultado. Conforme á lo que acabamos de exponer, hallamos en todas las clases sociales hombres de inteligencia superior, aunque carezcan de instrucción. La inteligencia natural puede suplir cualquier grado de cultura intelectual, pero ésta no puede suplir á aquélla. El sabio tiene sobre el ignorante la ventaja de poseer un tesoro de hechos y de acontecimientos (conocimientos históricos), así como de relaciones causales (ciencias naturales); todo ello bien ordenado y presente en la memoria, pero esto no da á su inteligencia la facultad de penetrar profunda y exactamente lo que hay de esencial en esos hechos, en esos acontecimientos y en esas causas. El hombre ignorante, pero dotado de penetración y perspicacia, puede pasarse sin aquellos tesoros; *con mucha riqueza se sostiene bien una casa, pero también el que tiene poco puede valerse*. Un solo caso sacado de su propia experiencia, le enseña más que al sabio un millar de casos que *conoce* pero no comprende; pues lo poco que ese ignorante sabe, es cosa viva; y cada cosa de las que él conoce, se apoya en una intuición exacta y bien comprendida, lo cual le permite reemplazar mil cosas semejantes.

Por el contrario, toda la gran ciencia del sabio vulgar es ciencia muerta, pues consiste, si no en meras palabras, como sucede muchas veces, en conocimientos abstractos, y éstos no tienen valor más que por los conocimientos intuitivos á los cuales se refieren y con los cuales han de poder ser comprobados. Si la cabeza del sabio es pobre en conocimientos intuitivos, su situación será parecida á la de un Banco cuyo papel en circulación ascendiera á diez veces el valor de la reserva en metálico, lo cual suele conducir á la quiebra tarde ó temprano. Así, mientras que una exacta com-

preensión del mundo intuitivo imprime en la frente del ignorante el sello de la perspicacia y de la prudencia, el rostro de algún sabio presentará, como resultado de sus largos estudios, las huellas de la extenuación y la fatiga, consecuencias inevitables de la tensión forzada y excesiva de la memoria, abrumada por un cúmulo de conceptos muertos, que excede de sus fuerzas naturales. Además, suelen tener los sabios de esta clase la mirada tan tonta, tan dormida, que inclina á creer que cuando la inteligencia se aplica con exceso á los conocimientos abstractos y mediatos, se debilita la facultad de los conocimientos inmediatos intuitivos, y que las luces sacadas exclusivamente de los libros enturbian poco á poco la mirada. Es lo cierto que el flujo continuo de las ideas ajenas detiene y ahoga las ideas propias y hasta paraliza, con el tiempo, la facultad de pensar, si la inteligencia no tiene la elasticidad necesaria para resistir esa corriente contra naturaleza. La lectura y el estudio perpetuos alteran positivamente el cerebro, entre otros motivos, porque la filiación de nuestros propios pensamientos y conocimientos pierde su unidad y enlace cuando los interrumpimos con frecuencia para dar entrada á una serie de pensamientos ajenos. Abandonar mis reflexiones para reemplazarlas por las contenidas en un libro, me parece que es hacer lo mismo que los turistas á quienes reprendía Shakespeare por vender sus propiedades para ir á visitar las ajenas. En la mayor parte de los que pasan por sabios la manía de la lectura es una especie de horror al vacío (*fuga vacui*), debida á la falta de ideas propias. Para llenar ese vacío se ven precisados á recurrir á los pensamientos de otros; necesitan leer para tener pensamientos, siendo como los cuerpos inanimados que reciben el movimiento de lo exterior, mien-

tras que los pensadores originales se parecen á los cuerpos animados que por sí mismos se mueven.

Asimismo es peligroso leer obras relativas á alguna materia acerca de la cual no hemos reflexionado, pues el espíritu se asimila, al mismo tiempo que esa materia nueva, las opiniones ajenas y el modo de tratar el asunto, con tanto mayor motivo cuanto que la apatía y la indolencia nos inclinan á ahorrarnos el trabajo de pensar, adoptando los pensamientos ya emitidos.

Estos pensamientos arraigan en nosotros, y nuestras propias reflexiones comparables á una corriente de agua que ha sido desviada de su curso natural por un canal, seguirán en lo sucesivo el cauce á que están habituadas, siendo cada vez más difícil hacerlas cambiar de dirección. Esto contribuye mucho á la falta de originalidad de los sabios. Agréguese á ello que se figuran que deben dividir su tiempo, como todos los demás, entre los placeres y el trabajo. Convencidos firmemente de que leer constituye su trabajo y su verdadera misión, se atiborran de lectura hasta indigestarse. Y al cabo, la lectura no se contenta con preceder al pensamiento, sino que le sustituye por completo; no piensan sino mientras leen, y piensan, por tanto, con la cabeza de otro, no con la suya. Mas apenas dejan el libro, su atención acaparada por objetos muy diferentes, por negocios personales, espectáculos, juegos de naipes ú otros, ó bien por las noticias y los chismes del día. Nada de esto interesa al pensador preocupado con los problemas en que se ocupa sin cesar y con sus propias meditaciones, sin necesidad de libros; disposición de ánimo imposible de adquirir cuando no se posee espontáneamente. Por eso no habla el pensador sino de lo que ha pensado, mientras que aquellos otros hablan de lo que han leído. De ellos dijo Pope:

Leyendo siempre, para no ser nunca leídos.

El espíritu es libre por naturaleza; no es un siervo á quien se pueda someter á prestación forzosa, y sólo hace bien aquello que hace por sí mismo y de grado. Toda aplicación forzada á estudios que no están á su alcance, ó que le cogen ya fatigado, y en general, todo esfuerzo del espíritu proseguido demasiado tiempo, é *invita Minerva*, gasta tanto el cerebro como gasta la vista leer á la luz de la luna. También producen este efecto pernicioso los esfuerzos de un cerebro, todavía no maduro, en la infancia, y por mi parte, creo que el estudio de las gramáticas griega y latina por niños de seis á doce años, prepara una generación obtusa. No niego, ciertamente, que el espíritu necesita alimento, y que este alimento haya que suministrárselo de lo exterior. Pero de lo que comemos sólo aprovecha al organismo aquello que digerimos. Mediante la digestión nos asimilamos una pequeña parte de los alimentos ingeridos y el resto es expulsado. Así, comer más de lo que puede asimilarse, es inútil y hasta nocivo, y lo mismo exactamente sucede con la lectura; sólo en tanto que suministra á nuestro espíritu un alimento puede ensanchar nuestro horizonte y nuestro verdadero saber. Heráclito dijo ya: *πολυμάθεια νουν ου διδάσκει* (*multiscitia non dat intellectum*). A mi parecer, la erudición puede compararse á una pesada coraza que hace invencible al hombre vigoroso, pero que abrumba al débil.

He expuesto extensamente en el tercer libro que el conocimiento de las ideas platónicas era lo superlativo en el conocimiento accesible al hombre y que al mismo tiempo era eminentemente intuitivo. Esto corrobora también la tesis de que la fuente de la verdadera

sabiduría no es el saber abstracto, sino la profunda y exacta comprensión intuitiva del mundo. Por eso la sabiduría ha podido existir en todas las épocas y los sabios de los tiempos pasados siguen siendo sabios para todas las generaciones sucesivas. Por el contrario, la erudición es relativa; los eruditos de la antigüedad son, por lo general, niños de escuela comparados con los modernos y necesitan de nuestra indulgencia.

Cuanto al que estudia para abrirse horizontes más vastos, para éste libros y estudio no son más que peldaños de la escala que ha de conducirle á la cima del conocimiento, y apenas un escalón le ha permitido elevarse un grado más, le deja por el siguiente. Los otros, los que estudian para rellenar su memoria, no se sirven de los escalones para subir, se echan la escalera á cuestras y la llevan muy satisfechos del peso creciente que les abrumba.

Acerca de esa verdad de que la sustancia de todo conocimiento es la comprensión intuitiva, Helvecio hace la observación exacta y profunda de que todas las grandes concepciones verdaderamente originales de que es capaz un hombre eminente nacen en su espíritu hasta los treinta y cinco ó á lo sumo hasta los cuarenta años. Y aun se puede afirmar que son resultado de las combinaciones intelectuales de la primera juventud. Las obras escritas mucho más tarde suelen ser arreglos, desarrollos y aplicaciones de aquellos vislumbres. Y esas concepciones primeras no son meros encadenamientos de nociones abstractas, sino la comprensión intuitiva del mundo objetivo y de la naturaleza de las cosas. Se explica bien que dicho trabajo de concepción termine hacia la edad señalada, ya porque los ectipos de todas las ideas platónicas han pasado ya entonces ante los ojos y ninguna puede